

CUENTO

PRIMER LUGAR

CUENTOS

EL CUENTO DE LORENZO

por José Alfredo Hernández

A
Cristina Barros Valero y Hernán
Lavín Cerda
¡Maestros!

Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo en la tierra; y le fue dada la llave del pozo del abismo. (El abismo.) Del lado de allá, la Maga: Oliveeeeeeeira, Horacioooo-Oliveiraaaa. Del lado de acá, Horacio Oliveira: Quéeee es lo que quiereeeeres. Sus voces atraviesan las fronteras, cruzan sobre el abismo. (Abismo, abismo: Horacio y la Maga.) Y subió humo del pozo como el humo de un gran horno; y oscurecióse el sol y el aire por el humo del pozo. El humo salía en precipitado vuelo. Octavio. Octavio. Ya levántate. Son las cinco. He, he ¿qué quieres? Que te levantes hombre ya son las cinco. ¿Las qué? Las cinco, apúrate que se nos hace tarde. (Las cinco, hay que ir a trabajar.) Sentado, metido entre las cobijas alcanza la ropa cruzada sobre la silla. Sí, hay que ir a trabajar. ¡Qué frío! , ¿no vas a llevar bufanda? ¿Dónde la dejaron? Mamá, ¿dónde botaron mi bufanda? Búscala en el closet; debe estar por ahí. ¿Tiene café? Sí. Cuerda tensa forman las palabras y se construye un puente. Del lado de allá y del lado de acá. Cuerda resistente, puente sobre el humo del abismo. ¿Sabes por qué tienes frío? No. Mira, es porque te acabas de levantar y en la cama estabas calentito. Así que, ¿es por eso? Sí, por eso. Vámonos. Hasta la noche, mamá. Vayan con cuidado. Cierran la reja de la entrada y se meten entre las sombras. Se alejan. A veces suele suceder. A la primera lectura no le gusta a uno, pero cualquier otro día lo relee uno y deslumbra. Fíjese, hace algunos meses leí uno de sus libros y de plano dije no. Pero luego, un día que había leído bastante, se me ocurrió volver a leerlo y fue la revelación: quedé totalmente maravillado. El automóvil corre como para que no lo alcancen los demás. ¿Te había platicado que hubo un muerto en el Colegio? No, nada me has dicho. Recordarás que, hace algunas semanas, unos tipos asaltaron la cafetería con una metralleta. Sí, me dijiste que lo único que buscaban eran intimidarlos. Al cruzar

por el boquete del alambrado aparecen dos perros que ladran. Sáquese, uscha, a un lado. Estos perros no han de ser de por aquí. Uscha, uscha, uscha. Y les fue dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión, cuando hiere al hombre. La Maga ha dejado de gritar. Cansada se sienta en la orilla del desfiladero. (Horacio se habrá ido por ahí a husmear en las librerías de viejo. Por eso no me oye. Necio. Idiota.) El puente se ha retirado. Nadie escucha a nadie, ni nadie habla a nadie. Silencio. Uscha, échale una piedra, pégale. Sáquese. Malditos perros. Apúrate no te entretengas que se nos hace tarde. Te estaba diciendo que unos tipos bajaron con metralleta y asustaron al señor de las tortas. Aquella vez sonó la chicharra. Estábamos en clases, y cuando escuchamos la chicharra todos salimos corriendo. Los salones quedaron vacíos en medio minuto. La explanada se vio llena de estudiantes que corrían de un lado a otro preguntando: ¿Qué pasó? ¿Dónde fue? ¿Quiénes son? ¿Qué hicieron? ¿Qué pasó? Salimos como pudimos: por las ventanas, por la puerta; saltando las escaleras; en el salón las compañeras asustadas. Es un poco difícil decir algo definitivo. En estas cosas uno nunca sabe, o, si sabe, sabe muy poco. Dado que intervienen tantos factores: gusto, lecturas, ideologías. La luz del alumbrado baña por momentos el interior del automóvil. Ilumina fugazmente los rostros. (Las cosas son tan raras, a veces uno camina sin dirección fija y después de tanto andar se da uno cuenta que llega a los lugares de siempre. Esto siempre me ha pasado. He doblado durante largos meses las mismas calles sin darme cuenta. Siempre andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.) El barrio latino ha sido toda la tarde suyo. Las sombras/ corríamos de un lado a otro sin saber qué es lo que había pasado. La explanada atestada de estudiantes que, de un lado a otro iban nerviosos, con la angustia y la sorpresa dibujadas en el rostro. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Recuerdo que después nos dijeron en una asamblea que cinco tipos con metralleta en mano habían golpeado a la maestra Esperanza que tomaba un café y. Aquí en Dante me va a dejar, ¿verdad? Sí, porque me sigo por todo Cervantes. Espere un momento. Déjeme orillar. Ahora sí. Baja con cuidado del automóvil. Vuelve el rostro para despedirse: gracias maestro, hasta luego. Ande, hasta luego. En la esquina se detiene. (Mmm, ¿de aquel lado? No. A ver, la otra esquina todavía está retirada. Es mejor que cruce.) Tantas veces después de tanto andar, después de tanto andarla buscando, tantas veces, con cuanta sorpresa la encontraba, de repente, en cualquier esquina saltaba a mis ojos: Muchachita, muñequita dónde vos andabas, te he andado buscando/ y tenían cabellos como cabellos de mujeres; y sus dientes eran como dientes de leones. (Siempre he pensado en esto. ¿Cuántas veces lo he visto? ¿Cuántas veces?) Estaba embarazada. No le hicieron nada. Únicamente fue el susto. A los dependientes de la cafetería nada les hicieron. Lo único que querían hacer era intimidarnos. Inquietos los estudiantes dialogan entre sí, hablan, dicen, no guardan silencio. Sobre la ceja del edificio alguien habla: compañeros, debemos rechazar la provocación. El plantel de unos días a esta parte ha venido sufriendo una serie de graves atentados que debemos rechazar valientemente. No dejemos que las fuerzas oscuras que habitan en la Universidad/ ¡Qué bueno! Ahí viene el que me deja. Sube. Saca de la bolsa del pantalón unas monedas. Pase al fondo joven. Se abre paso entre la gente. Con permiso, con permiso. Desde un asiento dos ojos brillantes le detienen por un momento. Al fin se queda en el centro del autobús. El puente del mutuo recordarse se tensa. Sobre el humo y el calor que brota del pozo, se tensa, se

tiende: (Pero qué bobo, qué bobo, qué bobo es este mi Horacio, tan distraído, tan pensativo como siempre-siempre, sin darnos cuenta nos encontramos, ya fuera en el café, en cualquier calle o, en la fuente de la rue Lafayette. Entonces decíame: pero eres tú mequetrefe, eres tú-eres tú Horacio, siempre tan distraído, tan tonto. Nene, mi nene Rocamadour.)

—¿Y entonces lo único que hicieron fue asustarlos?

—Sí, se vio claramente que/ apúrate que ahí va el camión. Corramos para alcanzarlo, si no se nos va. (Qué tanto me verá este tipo. Desde que subí no quita la vista.) De reojo: (No está mal, es posible. . . sí. . . ha de ser. En fin.)

—¿Pagas estos?

—Sí, pero tú pagas en el otro.

—¿Nos vamos a ir en metro o en puro camión?

—En camión, ¿no?

—Y tenían ya bastante en la asamblea. El maestro Víctor era quien hablaba. Nos invitaba a reflexionar sobre los acontecimientos. En menos de un mes habíamos sido agredidos varias veces. Primero unos cuates que, allá por el edificio "O", habían golpeado a unos estudiantes. Luego un viernes, el "Mejillas" pateó a otro/ Andar por estas calles ya tan desgastadas. París, este París de fríos. Calles amontonadas. "La calle" es una calle larga y silenciosa./ Ando en tinieblas y tropiezo y caigo/ y me levanto y piso con pies ciegos/ las piedras mudas y las hojas secas/ y alguien detrás de mí también las pisa:/ si me detengo, se detiene;/ si corro; corre. Vuelvo el rostro: nadie/ Todo está oscuro y sin salida,/ y doy vueltas y vueltas en las esquinas/ que dan siempre a la calle./ donde nadie me espera si me sigue,/ donde yo sigo a un hombre que tropieza/ y se levanta y dice al verme: nadie. (La calle, la calle. No es ésta, pero tampoco aquélla.) Se detiene frente a una panadería. Cierra el libro y queda pensativo. El frío trepa sobre su cuerpo. Sobre el fuego del abismo se tensan las cuerdas del recuerdo, de la esperanza. Con permiso, bajan, bajan, ¡señor quiere tocar el timbre por favor! (Esos ojos se me han pegado.) Aprovecha que junto al asiento se ha despejado un lugar. Se coloca junto al que no ha quitado su vista. Los vaivenes del autobús provocan que los cuerpos se rocen. El que está sentado levanta el brazo simulando que lee. Aquel día se armó la grande. De nuevo sonó la chicharra. De nuevo corrimos. El "Mejillas" golpeaba a un estudiante. Al parecer fue un pleito común. Pero después supimos que alguien, no se dijo quién, los había provocado. En el camión, mientras platican unos, otros duermen. Las sombras empiezan a retirarse, el día va naciendo nuevamente. (Qué extraño, pero qué extraño.)

—¿Me comunicas por favor con Lorenzo?

—¿Con Lorenzo?

—Sí.

—Uff, pues fíjate que no se va a poder.

—¿Por qué?

—Porque ya no vive aquí.

—¿Ya no vive con ustedes?

Un ruido ensordecedor vuelve a Horacio, quien continúa caminando, después de mirar el pan a través del cristal. Perdón, discúlpeme. No tenga cuidado, fue un accidente. La señorita recibe las disculpas después del sobresalto. Rocamadour. Mi nene Rocamadour. Duérmeme, duérmeme aquí junto a tu madre. Duerme niño, duerme, no des lata. ¡Carajo, qué mocoso! Ya, ya. ¡Duérmase, ande no dé lata! Y el fuego se levantaba sobre el abismo, y el

humo escapa presuroso trepándose sobre el asfalto. La hoguera se aviva; el fuego atizado enardece. El autobús se detiene. El pasaje baja. (Esperaré un rato a ver que dice.) Ja, ja, ja, ¿te gustó? ¿Para dónde vas? Al metro. Yo también. ¿Cómo te llamas? José Luis, ¿y tú? Gustavo. Entonces. . . si quieres vamos a mi casa. ¿Vives solo? No, con mi familia. Y, ¿no se darán cuenta? No, tengo mi cuarto. Bueno, pero sólo un rato, ¿hasta dónde es? En Paseo Oculito. La hoguera del abismo ardía. La estrella que lo abrió ardía furiosamente. Y el sexto ángel tocó la trompeta; y oí una voz de los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de/ (Es algo que no se puede entender.) A fin de cuentas el "Mejillas" fue interrogado: No, yo no sé nada. Lo único que me enfureció fue que este tipo quisiera pasarse de listo. Fue por eso que no me dejé. ¿O qué, ustedes no hubieran hecho lo mismo? El Colegio vacío. Nadie en los pasillos, nadie. Silencio.

—¿Por qué se fue?

—No sabemos. A nosotros sólo nos dijo que se iba y nada más. ¿Dónde vas? ¿Dónde carajo te vas a meter? No quiso decir. Se fue. Sacó sus cosas y se fue. No dijo dónde.

—Muchacho pendejo, ¿dónde se habrá ido?

—No sabemos.

—Bueno, gracias.

—Anda Gabo, hasta luego.

(¿Seguir?) ¿Dónde vives tú? En el lado sur. Allá por las canteras. Un poco lejos, ¿verdad? Sí, pero no hay cuidado. Hasta dónde vamos a bajar, ¿dijiste? En Paseo Oculito. Las puertas se abren. En el interior se sientan uno frente a otro. Estudias, también, ¿verdad? Sí. ¿Qué estudias? Economía, ¿y tú? Arquitectura. Muy bien, desde hace mucho que. . . Terminaron por soltarlo. No dijo nada interesante. Únicamente explicó los motivos del pleito. Y tienen sobre sí por rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebraico es Abaddón, y en griego Apollyon. Allá en Argentina, el escritor Ernesto Sábato tiene una novela en la que su personaje lleva el nombre de Abaddón. Dice Horacio a Gregorovius. La caja de zapatos suelta notas desde hace rato. ¿Y eso que tiene? Es que acabo de encontrar el nombre de Abaddón/ Ande mocosos, duérmase, duérmase a Abaddón vendrá. La Maga da de comer a Rocamadour. Trepada sobre la cama arrulla/ Es aquí. Vente, hay que bajarnos. Las puertas se abren y se cierran. Vente, por acá: salen. Cruzan una, dos, tres calles. Ante una puerta de cristal, se detienen. Luis busca las llaves. Al fin, es ésta. Pásale, es hasta arriba. (Dónde diablos se habrá ido ese pendejo de Lorenzo. ¿Chihuahuas! A ver cuándo lo encuentro.) Pero esta vez sí fue difícil. Estaba en mi clase de Ciencias de la Comunicación, cuando Ana María llegó gritando: ¡Ayúdennos por favor, ayúdennos, quieren matar a Manuel! ¡Traen pistola y quieren matarlo! Sorprendidos, corrimos; la chicharra sonó de nuevo. Gritos, movimientos: ¿Ora qué? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¡Hay unos con pistola! ¡Que quieren matar a Manuel! ¡Compañeros, no se expongan! Gritaba el maestro Enrique. Pero nadie hacía caso. Todo mundo corría de un lado a otro. Se oyeron unos disparos. Es por allá. No por acá. No, no ¡que es por allá! De un lado a otro corren. Unos buscan protegerse en los salones. Pásate, ¿quieres refresco? Sí, una recámara, pequeña: cama, tocadiscos, un librero, al fondo un ropero. El botón es oprimido: *Yes we can can can* ¿De cuál quieres? Del que sea es igual. El primer ¡ay! es pasado: he aquí, vienen aún dos ayes después de estas cosas. Al fondo del abismo las llamas se alborotan, saltan, saltan, saltan cada vez más alto. Su furia es crecida: invade su fragor el silencio. (Me había dicho que se iba a ir a vivir con unos cuates. ¿Pero, a dónde se habrá ido?) ¿Dónde fue? ¿Dónde fue? ¿Quién fue? Por allá se oyeron los disparos, fue por allá. De aquel lado. Corran por allá. ¡Tengan cuidado! ¡No se expongan! Vente, aquí nos bajamos. ¡Bajan! Toca el timbre. Luis-Luis-Gustavo-Gustavo-Luis-Luis-

Gustavo-Gustavo. She say-she-say-she-she-she. Los cuerpos se juntan. Se atraen y se rechazan. Espérate, así no. Echale, échale crema. Ten, ten-cuidado, con calma. Es-espérate, así. Rocamadour, Rocamadour, ¿qué te pasa? , ¿qué te pasa? , habla, llora, Grevorovius: Horacio, Horacio ¿qué te pasa? , ¿qué te pasa? Horacio: Nada, no es nada, mira, ve de aquel lado, allá Es por allá muchachos, corran, atrápenlos, no los dejen escapar. Tres disparos. ¡Ay! ¡Ay! Más ayes se escucharon. La Maga agita el cuerpecito de Rocamadour. La estrella ardía con más furia, las llamas crispadas se levantaban amenazando con invadir las orillas. La lámpara fue apagada. Espérate. Así, así. Gustavo-Gustavo. Eran cinco, corrieron por allá. Nadie se atrevió a detenerlos. ¡Subieron a un coche y se alejaron! ¡Háblenle a la policía! ¡No dejen que escapen! ¿Qué quieres que vea? No veo nada. Estás volviéndote loco Horacio. ¿Qué quieres que mire si no hay nada? Es el disco que está girando y nada más. ¿Qué puedo ver? ¡Qué susto me has dado nene Rocamadour! ¡Eso te pasa por no quererte dormir! ¡Carajo! Luis-Gustavo. Las manos juntas, oprimidas la una a la otra. Ya me cansé. Espérate, otro poco y nada más/ Su poder está en su boca y en sus colas; porque sus colas eran semejantes a serpientes, y tenían cabezas, y con ellas dañan. El daño: un muerto, un montón de asustados. Nadie pudo alcanzarlos, algunos maestros trataron de seguirlos en su coche pero ya llevaban bastante ventaja. Fue imposible. Imposible lo que dices, quién diablos te puede creer, Horacio. Anda, duérmete que mañana es necesario buscar a la Maga. Buscar a la Maga, ya ha de estar en/ En la otra me quedo. ¿Vas a ir al cine? No, saliendo me voy para la casa. Nos vemos pues. Adiós. Luis: Amigo. Nos vemos. Sí, por ahí nos vemos. Cierra la puerta. (¿Dónde se habrá ido?)

(Hay algunas palabras que no son mías, son palabras que he plagiado, si es que las palabras se pueden plagiar.)

No tengo muchas ganas de trabajar

Ya tiene rato que estoy aquí, en esta mesa: el portafolios a un lado, el periódico abierto, desordenado; pluma, papel, lápiz, material suficiente para trabajar. Tengo el libro de gramática abierto. Hoy debo estudiar lo que corresponde al verbo. Como casi todos los días este es un día de trabajo. Pero, he llegado hoy con pocas ganas de hacerlo. Ya desde hace un rato estoy aquí, distrayéndome con los estudiantes que llegan, con los que allá en el campo caminan, con esa torre de Ciencias que la otra tarde irradiaba una luz rojiza (como si estuviese ardiendo su octavo piso) al reflejar los rayos del atardecer. No tengo muchas ganas de trabajar. Desde ayer no las tengo. Ya otras ocasiones me ha sucedido. Sí, no es la primera vez. El motivo, no lo conozco, simple y sencillamente hoy he llegado a la biblioteca con pocas ganas de trabajar. Las otras veces que me ha sucedido ha sido por diversos motivos.

La última vez, recuerdo, fue porque salí de casa un poco tarde. La gallina (mi madre) que me despierta, se quedó dormida. Y como siempre que esto sucede, yo me puse de mal humor, le dije que por qué no me había despertado antes, que ella ya sabía que tengo que salir a las siete en punto si no no llego a mi clase de las nueve. Salí corriendo. No desayuné. Corrí lo más que pude para ver si podía llegar a tiempo. No pude: alcancé el camión, pero éste quedó atrapado en una red de tráfico: ¡Una hora para recorrer diez kilómetros! ¡Cuarenta minutos para andar diez estaciones del metro! ¡¡El colmo!! De nada me sirvió correr, no desayunar. El llegar tarde, molesto, me quitó las ganas de trabajar.

Pero hoy no sé por qué. (Una pareja ha llegado; después de besarse ha llegado a sentarse en la mesa que está frente a la mía.) ¿Por qué será? Tal vez porque desde ayer en la tarde salí de la facultad un poco cabizbajo. Ha de ser por ello. Verla sentada en las escaleras me dejó pensativo.

—¿Qué haces ahí?

—Nada, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué no tienes clase?

—No, tengo hora libre.

Hora libre. Casi todas las tardes tiene hora libre. De seis a siete siempre está sentada por ahí: en las escaleras, en el pasto o en los pasillos. Varias veces la he visto por ahí a esas horas. Ello me ha preocupado: ¿por qué en lugar de estar por ahí tristeando no se mete a la biblioteca a leer un rato? Ella no es ninguna floja. Todo lo contrario: gusta de llevar sus lecturas al día, entrega sus trabajos puntualmente. No sé por qué. Tal vez no le guste. . . Es una tontería. Ella estudia. Lee. Y no lee únicamente lo de clase. No. Lee cosas. Cosas que no son de clase. El maestro le ha dicho que tiene una gran curiosidad intelectual, y es cierto. ¿Por qué le gustará sentarse en las escaleras todas las tardes? Me preocupa verla sentada ahí, con una amiga o con el güero con el que siempre anda. No sé si tenga novio. ¿Se sentará a esperarlo? No sé. Dos o tres veces hemos platicado; no he querido preguntarle si lo tiene. ¿Dónde vives? Por el aeropuerto. Me ha dicho que sale de su casa huyendo del escándalo: su hermano tiene un conjunto, ensaya todos los días. Cada media hora pasa un avión. Sí, la entiendo. Es difícil con tanto ruido ponerse a estudiar. Además es muy nerviosa. Fuma en exceso. Ya no debes fumar, mira cómo tiembles. Si no fumo es peor. Salí con la cabeza inclinada, como siguiendo el trayecto de una hormiga.

—¿Me prestas tu periódico?

—Sí, tómalo.

Aunque yo no he terminado de leerlo, llévatelo. Ya al rato veré si lo termino. Por lo pronto el libro en espera de que mis ojos devoradores consuman algunas páginas. ¡Que se esperen! ¡No se me da la gana ponerme a estudiar y ya! ¡Oh, los místicos han llegado! Como siempre, él con su cabello largo, discretamente cepillado, ella con su sonrisa de: ¡Desmárate! Caminan parsiomoniosos, ¡ceremoniosos diría yo! ¡Hasta parece que van rumbo del altar! Pasitos lentos: derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda; ¡qué ritmo! Y no lo pierden. Mueven las nalgas al mismo compás. Las de ella suculentas. A él, de tanto estar sentado se le han aplanado. ¡Cómo me divierten estos muchachos! Se quieren mucho por lo que se ve. Leen una página: Besito. Copian una cita: Besito. Besitos a todas horas. Besitos. La hormiga que seguía se perdió entre los automóviles. El tráfico, como es costumbre verlo a esta hora. En el camión fui viendo las calles llenas de gente que quién sabe a dónde iba. Seguramente a un lugar. Como yo a mi casa. Siempre ahí: sentada en posición de loto. Con las piernas cruzadas. ¿De qué platicará con sus amigas? Me gustaría saber de qué platica. Más me gustaría platicar con ella. Verla todos los días. Estuve pensando mucho. Todo el

trayecto de la Universidad al metro estuve pensando. En el camión iban cotorreando unos chavos de arquitectura: que pasa las pasas, que discute la torta, que saquen la mano. Choooooooooooooferrrrrrrrrrr apaga la luzzzzzzzzzzzzz. Estuve pensando en su nombre. Conté las letras de su nombre. Una por una. Pensé en lo bien que suena. Parece que cuando alguien lo pronuncia un tintineo acude a los oídos. Es suave, dulce. ¿Por qué se quedará ahí todas las tardes? A veces pienso que nada le importa. Que estudia nada más por estudiar. Pienso que el sentarse ahí, en esa posición, a esas horas es un grito que dijera: Nada me importa, no me interesa nada. ¡Véanme idiotas! ¡Nada me importa!

—¿En qué piensas, Juan?

—¿Eh? ¡Ah, eres tú Pepe! No, en nada.

—Desde hace un rato que llegué. Te hice una seña pero no me viste. Te has quedado viendo la explanada.

—Sí, es que estaba recordando. Pensaba en/ ¿Cómo te ha ido? Hace días que no nos veíamos.

—Sí, no he podido venir. He tenido mucho trabajo. Venía a pedirte un favor.

—Dime.

—¿Has visto a Carlos?

—No, para nada.

—Desde hace unos días que no va al departamento. Quién sabe dónde se habrá metido. Bueno, me voy. Llevo prisa, otro día vengo y platicamos un rato.

Este menso dijo que deseaba pedirme un favor y nada más me preguntó por el tarado de Carlos y se fue. Ése. . . Nada. Lo que debo hacer es ponerme a estudiar. Ya es tarde y hoy no he visto nada. Al rato cuando llegue platicaré con ella. Le diré. . . no sé si me atreva. Será mejor esperar. Esperar cualquier casualidad. Además, ella no se ha fijado en mí. Tal vez ni le interese. Cuando hemos platicado, lo hemos hecho así de lejecitos. Con cierta frialdad. ¿Dónde vives? Por el aeropuerto. ¿Y tú? Un poco más allá. ¿Qué piensas de tal maestro? Pues, no es malo, su clase me gusta. Varias veces le he visto los ojos: claros, cafés, tienen un brillo especial. Son muy hermosos. Hermosos, claros. Allá en el fondo de ellos se percibe un dejo de tristeza, aunque se muestre alegre siento que algo le preocupa. Hay en el fondo de ella algo que la hace fumar constantemente. Es muy nerviosa. Bueno ya estuvo suave de flojera. A estudiar. ¡Qué radiante está el sol! Allá, tras de los cristales, en el campo, por la facultad de Ciencias Políticas hay un mitin. Bueno, ya, ya, a estudiar se ha dicho.

